

LA MONARQUÍA CONSTITUCIONAL

PERIÓDICO POLÍTICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO, DE LA MAÑANA.

HONRA — LIBERTAD — Y ORDEN.

Redaccion y Administracion, calle de Dulce (antes de las Infantas), 27, principal derecha, Madrid.—La correspondencia al Director.

Creemos conveniente reproducir en primer término el siguiente artículo con que acompañábamos nuestro prospecto.

Hoy, cuando todas las teorías chocan entre sí en el terreno de la discusión, y el fermento político,—como lo llamó el sabio Lista,—ha adquirido inmensas proporciones, merced á los gloriosos y recientes sucesos que á tanta altura nos han colocado; no causará extrañeza la aparición de un nuevo periódico que, abordando de frente la cuestión capital de nuestra reorganización, proclame y defienda la Monarquía constitucional como la forma de gobierno más lógica y conveniente.

Uno de los fenómenos más notables, entre los muchos y extraordinarios que en esta revolución se ofrecen á los ojos del observador, es, no sólo la desaparición de los viejos partidos doctrinarios por tanto tiempo dominadores de nuestra política, sino la inconcebible transformación de ideas que se operó rápidamente en el ánimo de todos aquellos que en sus filas militaron y á cuyo frente combatieron por largos años y en multitud de difíciles ocasiones.

Los unionistas, los progresistas, los moderados ya no existen. Cuando volvemos la vista atrás nos dividimos en dos fracciones: la una numerosa, digna, imponente, anatematiza lo pasado y condena su tiranía; la otra, compuesta de un escaso número de personas ligadas por el egoísmo ú obcecadas por la mezquindad de su inteligencia, se postran aún de rodillas ante el escarnio y el ludibrio. Volvemos los ojos hacia el porvenir, y entonces ya no hay fracciones; porque son los hombres nuevos los que miran, y los ojos de todos se fijan en un solo punto luminoso, mientras los corazones laten por una misma idea, y todos los labios pronuncian con entusiasmo esta sola palabra, símbolo de nuestros sentimientos: ¡Democracia!

Hemos, pues, llegado á colocarnos en punto á ideas al mismo nivel que los Estados Unidos, ese fantasma de los despotas, y sólo en la manera de llevarlas al terreno de los hechos es donde existe la discordancia. Opinan unos, patriotas soñadores, más impacientes ó menos expertos, que debe adoptarse desde luego la forma republicana; y creen otros, más dueños de sí mismos y tan amantes del país como los primeros, que lo prudente y racional es establecer una Monarquía, sujeta á elección, dentro de la cual tengan sólida representación todas las aspiraciones democráticas; una Monarquía que nos afirme en el camino del progreso, que sea un poderoso baluarte contra la reacción, una seguridad contra la dictadura y un punto de partida para nuevas conquistas.

Entre los últimos buscamos nosotros un humilde lugar, y lo buscamos por lo mismo que amamos la libertad y la patria. Si escribiéramos en este instante un folleto acerca de la política ideal, escogeríamos los más hermosos colores para pintar la institución republicana de una manera que arrancara aplausos hasta á sus más encarnizados enemigos. Tal vez nos embelesáramos, como el héroe de Cervantes, en la descripción de aquella santa edad en que todas las cosas eran comunes y las palabras *tuyo* y *mío* desconocidas por completo; pero ¡ay! esto no pasaría de ser un sueño delicioso, porque muy luego tendríamos que lamentarnos como el andante caballero de que el fraude, el engaño y la malicia estuvieran mezclados, como hoy acontece por desgracia, con la verdad y la llaneza.

No nos dejaremos arrastrar por los vuelos de la atrevida fantasía. Llamamos la razón en nuestra ayuda, y ella, de acuerdo con la historia y el interés nacional, nos hace ver en la Monarquía, rodeada de atributos populares, la forma de gobierno que debemos admitir.

Nosotros hemos considerado siempre la precipitación y el ofuscamiento,—por más que sean de buena fé,—como los mayores males de la causa nacional. La impaciencia y el delirio han principiado ya á dar resultados muy sensibles, porque producen perturbaciones, al propio tiempo que perjudi-

can á quien las origina. Las declaraciones violentas son un atentado contra la elección pacífica; y quien osa profanar este derecho, quien se atreve á desvirtuar el sufragio, dá muy patentes pruebas de que no conoce sus deberes, y es por lo tanto un peligro para la libertad, que tiene al orden por principal garantía.

La forma de gobierno es, como su mismo nombre lo dice, la exterioridad de la cosa. La historia y los hechos diarios nos enseñan que en el seno de las repúblicas ha existido y existe aún el despotismo, así como también que con instituciones aristocráticas se ha llegado al engrandecimiento de esta ó aquella nacionalidad. Las leyes y el respeto á ellas son el medio de gobernar y hacer progresar las naciones; de manera que pudiendo nosotros reunir aquellas dos circunstancias bajo una Monarquía, tenemos la ventaja, hasta entrar de lleno en la vida de los países libres, de que esta institución nos dé la seguridad interior, amenazada de otra suerte por las disensiones propias de un pueblo víctima ayer de la más implacable tiranía.

Defendemos, pues, con todas las fuerzas de nuestras profundas convicciones la Monarquía constitucional, digna, ilustrada, amada del pueblo, patrocinadora de los derechos de éste, eminentemente liberal, y que nos garantice todo lo conquistado, al mismo tiempo que nos sirva de punto de salida para nuestra peregrinación hacia el fin político de las naciones.

La república entre nosotros es solamente una bella y deslumbradora teoría. Muchos años para los hombres, aunque cortos momentos para la humanidad, han de pasar hasta tanto que ella pueda plantearse definitivamente en nuestro suelo. Predíquese enhorabuena, como lo indudable y necesario mañana, pero hoy fijemos los ojos en el suelo y proclamemos lo que reclamamos los hechos prácticos y el estado del país.

Arraigar de pronto toda la organización de un pueblo virgen en un país de la caduca Europa, sin dejar como un lazo de unión la Monarquía, es,—la historia lo dice,—caminar de una manera fatal hacia la dictadura.

Por eso no queremos para nuestro país el planteamiento de la república, nuestra salvación mañana, hoy nuestra ruina.

No le queremos, porque la república no aseguró en Francia la inviolabilidad del domicilio, ni el ejercicio de la justicia, ni la fraternidad que se proclamaba; sino que produjo las visitas domiciliarias, proclamó la ley de los sospechosos que tan rudos epigramas inspiró á Camilo, y creó la guillotina, donde millares de inocentes perecieron asesinados por aquella muchedumbre ebria de sangre.

No le queremos, porque un Brumario aquí sería para la reacción una esperanza trasformada en realidad, y para nosotros una dolorosa experiencia que no tenemos necesidad de adquirir á costa propia, cuando tantos males nos amenazan.

No le queremos, porque tras la idea republicana asoman ¡ay! su monstruosa cabeza el comunismo y el socialismo, gérmenes fatales de destrucción y espanto.

No le queremos, porque sería la señal funesta que segregaría los pueblos, y la vida nacional, necesaria hoy á nuestro desarrollo, desaparecería por completo, al par que la anarquía sembraría por todas partes las semillas de un nuevo despotismo.

No le queremos, porque no queremos que un Cavaignac español, puesto al frente del verdadero partido republicano, tenga que contener con los cañones, como en las jornadas de Junio, á las masas ignorantes desbordadas.

No, no queremos esto para nuestra patria: la amamos lo bastante para conceder á nuestra razón la supremacía á que es acreedora. Nosotros no queremos que nuestras industrias acaben de desaparecer, que se empobrezca por completo este país infatigable, porque detrás de la decadencia económica, hija de las fatales vicisitudes políticas, aparecen Cabet con sus utopías, Fur-

rier y Owens con sus falansterios, y Proudhon con sus aterradores delirios.

Nosotros no queremos para España las costosas guerras, ni los sangrientos triunfos; no queremos para ella la gloria que nace sobre ruinas, ni queremos tampoco que puesta en el triste caso de tener que optar entre la anarquía y la dictadura, se acerque á las urnas y exclame con doloroso acento: «¡hélas oui!»

No, nadie que sea buen español puede desear tal porvenir para su patria. Nosotros, jóvenes periodistas, que tenemos toda la fé de las almas entusiastas, preferiremos luchar, aunque sea inútilmente, á convertir la redacción en mercado, la política en granjería y á obtener una popularidad que atraería remordimientos sobre nuestra conciencia.

Con ánimo inquebrantable emprendemos nuestra tarea; y si un día el país se decidiese por lo contrario que defendemos, léjos de exclamar orgullosamente con Robespierre: «la virtud está en minoría sobre la tierra», acataremos el fallo de nuestros conciudadanos y nos retiraremos con la serenidad de espíritu del que ha cumplido con un deber sagrado.

¡CALMA, LIBERALES!

Aparecemos en el estadio de la prensa en unos momentos bien difíciles. — Vivo en la memoria de todos el recuerdo de la pasada ignominia; percibiéndose en nuestros oídos los gritos de la armada y los victores de Alcolea; caliente todavía la sangre vertida en aquella contienda regeneradora; presenciamos con sentimiento trabajos en provecho de lo que fué nuestro ludibrio; escenas que comprometen el definitivo triunfo; actos que demuestran tanta escasez de patriotismo como sobra de imprudencia; luchas que llenan de amargura el lastimado corazón; protestas injustificadas contra procederes dignos; ambiciones bastardas ocasionando disturbios; masas agitadas por el sofisma y el delirio, pero no por el afán de ilustrarse. ¡Y todo esto cuando más necesaria es la calma, cuando más falta hace el amor al país en que se vive, cuando más imprescindibles son la unión y el concierto!

Cualquiera que arroje con desapasionados ojos una mirada sobre la política española, no podrá menos de lamentar las funestas consecuencias que amenazan conducirnos al caos, y censurar indignado conducta tan arbitraria, tan perjudicial impaciencia y fines en tan poca armonía con la majestad de la revolución.

¡Qué contraste! Ayer, bajo el yugo terrible de mandarines sin pudor, el completo indiferentismo helaba la sangre y ocasionaba un retroceso cada vez más alarmante, porque mayor era cada vez la apatía; hoy, una ardiente sed se ha apoderado de todos los corazones, que á muchos precipita al extravío, y que á casi todos hace ver tinieblas en donde no hay otra cosa que claridad. ¡Qué desgracia pesa sobre nosotros, que siempre hemos de ayudar á nuestros enemigos? Ayer, favorecíamos el despotismo con el abandono; hoy, con nuestros arrebatos comprometemos la libertad.

Desde el destierro, á donde le habían conducido sus luchas por la causa liberal, dirigía, hace pocos meses, un reputado hombre político su elocuente palabra á los españoles para que sacudiesen el marasmo que los consumía, y se ocupasen, cumpliendo así uno de los deberes más sagrados, de la cosa pública. — ¡Cuánta mudanza en tan corto tiempo! Ahora no hay ciudadano que no se crea obligado á declararse pontífice de cada nueva secta que aparece durante esta especie de hidrografía política — permitasenos la palabra — de que todos somos víctimas y que todos debemos procurar no traspase los justos límites que hoy no respeta.

Y no es que nos cause disgusto el choque de las ideas y el ardor de las opiniones; no, nosotros preferimos la turbulenta libertad á la esclavitud sosegada; «*malim inquietam libertatem, quam quietum servitium*»; pero también nos complace más un silencio prudente que una loca locuacidad; «*malo indisertam prudentiam, quam loquacem stultitiam*». Cuando ese choque y ese ardor y esa turbulencia producen un orden desordenado, — por decirlo así, — entonces no hay que temer que sean infructuosas las luchas ni perdidos los encontrados esfuerzos; mas no acontece lo propio cuando en vez de obedecer al sentimiento legítimo del que tiende á encontrar lo verdadero, queda el hombre supeditado á sus pasiones desencadenadas, á sus odios mal encubiertos ó á sus particulares propósitos.

Pónganse la mano sobre el corazón todos los partidos, y digan con la franqueza que lo solemne de las circunstancias exige, si en su conducta, si en sus actos, si en sus luchas entra el patriotismo por único móvil. — No faltará quien proteste de nuestras palabras; pero no seríamos dignos del público aprecio si ocultáramos en la más mínima parte la verdad de los hechos. ¡Pues qué! ¿es la nación española el campo de batalla de cartagineses y romanos, ó no somos todos hijos de una misma madre, ciudadanos de un mismo pueblo, individualidades de una misma colectividad, con idénticos deseos y aspiraciones igualmente legítimas?

Pues si es así, vengan las discusiones, vengan las luchas, vengan los reproches mutuos; pero vengan envueltas en fraternal abrazo: si ha habido yerros, que el sentimiento del cariño herido acompañe á la queja; pero que nunca á la acusación vengan unidos la destemplanza y el encono.

Las circunstancias por que atravesamos son gravísimas; nunca la unión ni el concierto han sido más necesarios. Si nos dejamos arrastrar por mezquinas rivalidades, si seguimos segregados como desgraciadamente lo estamos, entonces ¡infundado país! puedes ya vislumbrar tu porvenir á través de las proféticas palabras que Vergniaud dejó caer sobre la cabeza de la Francia desde lo alto de la tribuna francesa:

«Marchamos—exclamó—de crímenes en amnistias, y de amnistias en crímenes. Un gran número de ciudadanos han llegado á confundir las insurrecciones sediciosas con la grande insurrección de la libertad, á considerar las provocaciones de algunos osados como las explosiones de almas enérgicas, y la misma osadía como una medida de seguridad pública.—Hemos visto aparecer este peregrino sistema de libertad, según el cual se os dice: Sois libres, pero pensad como nosotros, ó os denunciamos á la venganza popular; sois libres, pero inclinad la cabeza ante el ídolo que nosotros incensamos, ó os denunciamos á la venganza popular; pero asociáis á nosotros para perseguir á los hombres cuyas luces y probidad tememos, ó os denunciamos á las iras del pueblo! Ciudadanos, marchando así es de temer que la revolución, como Saturno, vaya devorando sucesivamente á todos sus hijos y acabe por engendrar el despotismo con todas las calamidades que le acompañan.»

¡Españoles! que la verdad de estas palabras os enseñe el camino que debéis seguir y la conducta que debéis observar.

«EL SIGLO» Y LA MARINA.

I.

No queremos,—aunque sea con algún retardo,—dejar pasar la ocasión que se nos presente de poner de manifiesto las simpatías que nos inspira la marina nacional, á la cual consideramos como uno de los más firmes sostenes de la libertad y de las conquistas de la revolución.

El Siglo, periódico moderado, ha publicado un artículo de personalísimos ataques al brigadier Topete, y lleno de intencionada saña hacia la armada.

El uno y la otra fueron los que en la bahía de Cádiz iniciaron el nacional levantamiento el 18 de Setiembre, y dicho se está, por lo tanto, que el periódico que era defensor de la situación derrocada entonces, ve en ellos un enemigo, á quienes conserva y conservará implacable encono.

Sin embargo, el país quiere mejor la España de hoy con sus defectos, hijos de la crisis por que atravesamos, que la España de ayer con sus inmundicias y con sus desafueros. *El Siglo*, avergonzado de haber quemado incienso en aras de una situación execrada justisimamente por la pública opinión, varió hasta el título del periódico. El que ayer se llamaba *La España* y elogiaba con entusiasmo épico á los que en ella dictatorialmente gobernaban, comprendió después su error, y dijo: «No, no era esa España que nosotros queríamos, y que quiere todo buen ciudadano, la que representaban los hombres que *envolvieron en sus asquerosas ruinas* el trono de los reyes: no, no era á esa España de caballeros y honrados ciudadanos á la que debían dirigir unos hombres que con sus indignas imprudencias tenían rebajado nuestro prestigio ante la Europa que nos despreciaba: no, no era esa España la España en que habían nacido nuestros padres, en la que residíamos con nuestras esposas, en la que educábamos á nuestros hijos y en la que queríamos aspirar y vivir la vida de la honra y de la libertad.

Y como no era esa España la que *El Siglo* quería defender, pero á la que desgraciadamente defendió cuando sonreían á sus mandarines el fausto y la opulencia, abandonándolos como ellos abandonaron á sus reyes en los momentos críticos, en los momentos de peligro, huyendo apre-

suradamente de los palacios de aquí, en que la vergüenza y la dignidad impulsaran a nuestro colega a suprimir hasta el título del periódico.

Sin embargo, viene combatiendo al brigadier Topete y a la marina nacional; y como la oposición de nuestro colega no puede ser política, de aquí el que sólo podamos, según declara, juzgarla personal, personalísima, hija única y exclusivamente de alguna *individualidad* de esas que no pueden desprenderse de las miserias humanas.

Y decimos, y volvemos a repetir, que la oposición de nuestro colega no puede ser política; porque en verdad, ¿cuál fué el lema de la escuadra nacional al levantarse en Cádiz? ¿España con honra! ¿Qué contestaron a este grito patriótico los que rodeaban el alcázar de la ex-reina? ¿Qué hicieron los defensores de aquel ministerio? Nuestro colega *El Siglo* lo sabe. La nación entera respondió a aquel grito, que no era la bandera de una política, sino el lamento que salía del corazón de la patria.

La marina no representaba las aspiraciones de ningún partido; interpretaba fielmente lo que la mayoría del pueblo español venía pidiendo en vano hacia tiempo: ¡Honra!

Y que la armada no era el eco de un partido, ¿no lo dice bien claro la actitud de la prensa que encomiaba la situación derrocada? ¿Se atreverá hoy *El Siglo* a defender la dinastía caída y a los hombres que la rodeaban? ¿La defiende *El Estándar*? ¿La defiende *La Epoca*? ¿La defiende nadie? ¿Hay un español que haya escrito, siquiera sea una sola línea, pidiendo la restauración? Que no lo hay, lo prueba el que Isabel de Borbón ha tenido necesidad de recurrir a un criterio y a una pluma extranjera para que sea el intérprete de sus injustas quejas y de lo que llama sus derechos.

Porque si el silencio que guardáis, hombres del partido reaccionario, no es por convencimiento de que habéis sido vencidos en el terreno de la moralidad, de la justicia y de la razón, entonces ¿adónde está el valor de que hacíais ayer gala? ¿adónde están esas fuerzas, esos recursos de que disponíais? O ¿es que sólo tenéis palabras de elogio para el poderoso cuando viste su traje de púrpura y oro, cuando ciñe la corona y empuña el cetro de mando, y le abandonáis cuando se encuentra sin súbditos y despreciado?

Entonces vuestra conducta no tendría disculpa; sería criminal.

LA MARINA SE LEVANTÓ, VOLVIMOS A DECIR, INTERPRETANDO LOS DESEOS, LOS SENTIMIENTOS, LAS ASPIRACIONES DE LA NACION ESPAÑOLA.

Por eso dice *El Siglo* que al hablar de la marina y del brigadier Topete tiene que hacer *abstracción de la política*.

¿Por qué combate, pues, nuestro colega al digno contra-almirante? Nos dice que por sus actos como Ministro, por sus disposiciones como jefe de la armada: veamos cuáles son unos y cuáles otras.

En nuestro segundo artículo nos ocuparemos de este asunto, en el que con tanta ilustración nos han precedido nuestros apreciables colegas *La Iberia* y *La Nación*.

EJERCITO Y ARMADA.

Es un axioma universalmente reconocido en la ciencia política, que con la suma de libertades que disfrutaban los pueblos, ha de estar en precisa relación la severidad y la rigidez de la disciplina en las instituciones militares que deben guardarlas.

Los que tienen el deber de velar, aunque temporal, religiosamente por los demás, no son dueños de sus actos sin fallar a la misión a que se han consagrado.

(Circular de 6 de Noviembre de 1868.)

La verdad filosófica y la necesidad práctica, contenidas en las dos máximas que sirven de epígrafe al primer artículo que dedicamos al ejército y armada en LA MONARQUÍA CONSTITUCIONAL, son tan evidentes, se desprenden de tal manera de la

esencia de las instituciones militares, que merecen, sin la menor duda, el calificativo de axiomas; pero su importancia es tan grande, tan vital, consideramos de tanto interés para la patria y para el ejército que se generalice su conocimiento, que se consagre su culto por cuantos visten el honorso uniforme de militares españoles, y en primer término por aquellos que, más altamente colocados, han de servir a los demás de escándalo ó de ejemplo; que no hemos vacilado en estamparlas al frente de nuestros trabajos, como clarísimo fanal que nos ilumine, como norte de nuestros pensamientos y como regla de nuestra conducta, en el palenque mismo de la prensa.

Si repasamos la legislación y estudiamos las doctrinas y las prácticas de los países más adelantados en la senda de la civilización, y por consiguiente, en la del verdadero progreso en todas sus manifestaciones, veremos comprobado nuestro aserto de una manera palpable, allí donde la libertad política ha alcanzado la más lata extensión, ya con lo riguroso de los castigos impuestos a las faltas militares, ya con la privación ó suspensión, ó con la modificación por lo menos, de algunos derechos, a que se sujetan los ciudadanos que constituyen la fuerza pública del Estado.

La Unión americana, pueblo que marcha a la cabeza de la civilización del mundo, dotado de instituciones y costumbres a las que desde hace largo tiempo dirigen la vista con ávido deseo los liberales más avanzados de la vieja Europa, asombra por la severidad de su disciplina en los institutos armados, y sobre todo, por la ya proverbial que mantiene en sus buques, fuerza, hasta hace poco, casi exclusiva, de aquella potencia.

En Inglaterra, ese país dechado de las Monarquías constitucionales, tantas veces invocado por los más ardientes apóstoles de la revolución, quedan suspensos para sus súbditos algunos derechos políticos, al ingresar en la clase de oficiales (1); en la vecina Francia, en los momentos de establecerse la república se pronunció fuertemente la opinión en el sentido de conservar separados los caracteres peculiares de la sociedad militar y la civil; y cuando, en tiempos menos favorables para la libertad, ha ejercitado la fuerza pública algunos de sus derechos políticos, ha sido únicamente para proporcionar al Gobierno, a medida de su deseo, los medios organizados de imponer su voluntad, en todas las esferas.

Por último, en nuestra misma España, desde las épocas gloriosas de la reconquista, hasta las más ardientes y agitadas de nuestra moderna regeneración política, siempre se ha rendido culto, por todos los gobiernos, de todos los colores y matices, desde los más reaccionarios hasta los veneratoros legisladores de Cádiz, a esos principios salvadores del ejército y de la patria.

Nosotros, que somos entusiastas defensores, sinceros y leales amigos del ejército y de la armada, no les adularemos nunca. Seremos alguna vez severos, si se quiere; pero nuestro objeto directo siempre, nuestro propósito invariable, será el de contribuir a la seguridad y afianzamiento de sus justos derechos, a la conservación y aumento de su importancia en la esfera que les es propia, al reconocimiento de los títulos que han conquistado para la inmensa gratitud nacional y al afianzamiento de su disciplina.

Por gravísimas culpas y sensibles errores en la gobernanza del Estado, por yerros y hasta por crímenes de todos conocidos, se hizo necesaria, precisa, inevitable en España una conmoción eléctrica, que arrojase con noble indignación de nuestro suelo el cáncer que nos devoraba, la ignominia que nos cubría de vergüenza, la dinastía, en fin, que se había hecho incompatible con la honra y la prosperidad futura de nuestros hijos.

En el generoso empuje de una nación entera, que se sonroja de vergüenza, se estremece de ira

(1) Estatuto de Guillermo II y María.—Sección 2.ª, capítulo 2.º

y se alza en demanda de su honor ultrajado, era natural, preciso, y por consiguiente legítimo, que el ejército y la marina sintieran y obraran a compás de los latidos del corazón de la patria.

Pero el esfuerzo se hizo.

La fuerza pública vuelve a entrar, desde aquel momento, por muchos años, por siglos, en las condiciones que la corresponden y el cumplimiento de su misión exige.

Así lo reconocen y practican, en general, muchos, la inmensa mayoría, la totalidad puede decirse de los bizarros militares, que fueron los primeros en lanzarse al campo, dispuestos a sacrificarse por la causa de la libertad y de la España.

Si acaso hubiera alguno, más que delincuente extraviado, de cuyas circunstancias particulares se abusara con criminales fines; si la insensatez arrastrase en pos de sí algún insensato, todo ello felizmente estaría muy lejos de constituir un peligro. Sólo suscitaría un sentimiento de lástima, tanto más vivo, cuanto más distinguido hubiese sido el puesto que en nuestra estimación hubiera ocupado, el que fuese objeto de nuestra amarga censura.

Pero el que, libre de ofuscaciones, con el espíritu sereno y en su razón completa, sostenga lo contrario; el que procure, con sofismas, introducir la agitación en las filas, y sostener ahora la febril excitación que en un momento de necesidad imperiosa pudo comprometer la disciplina; esa disciplina salvada de la borrasca por las virtudes encarnadas en nuestros soldados, y las brillantes condiciones personales de sus caudillos victoriosos; el que así obre, aborrece al ejército y al país, y debe ser señalado como enemigo de la revolución y de la patria.

Por fortuna, si algunos díscolos hay, que no los conocemos ni queremos conocerles, mientras no comprometan realmente la suerte del país y la honra del ejército, éste no escucha ni escuchará otras sugerencias que las del honor y del deber; así lo está sellando con su generosa sangre en la hermosa cuanto hoy alucinada Andalucía; así lo probará mañana, si la ocasión se presenta, contra las huestes liberticidas que apresta la reacción en sus centros tenebrosos; y el ejército y la marina, en corto espacio de tiempo, habrán salvado tres veces a la España de su deshonra y de su ruina, ayer llevando a cabo la revolución, hoy combatiendo la anarquía, mañana escarmentando, y quizás para siempre, a los obsecados mantenedores de las causas perdidas.

¡Viva la marina! ¡Viva el ejército!

PLATONISMO POLITICO.

Ciertamente que estamos viendo hoy cosas notabilísimas; pero entre todas descuella como alto cedro entre yerbas humildes, cierta multiplicación tan extraordinaria y maravillosa, que ni la de panes y peces. Esta la hizo Jesucristo; pero la multiplicación de que hablo es hija de dos causas, una primitiva y otra ocasional; ó sean, la falta de fe política y la revolución felizmente verificada. Comprendido habrán mis lectores, ó por lo menos sospechado, que el fenómeno a que aludo es la aparición de esos liberales flamantes, adoradores platónicos de la libertad, que tenían muy guardadita y oculta su pasión amorosa para cuando la oportunidad llegase de manifestarla. Hoy, según parece, sonó la hora, y ya estos amantes platónicos han hecho ó andan haciendo sus respectivas declaraciones.

Mas no se crea que por haber tenido siempre tan velada y escondida la llama ferviente de su liberalismo, se ha debilitado ni menoscabado en la más mínima parte; antes bien, se muestra y brilla con tan grande resplandor, que hace perder a ciertos apatridas la vista y aun la memoria. Muchos han hecho corte de cuentas con su histo-

ria pasada; y sin duda imaginan que ahora comienza Enero, según sus loables propósitos de vida nueva. Ayer los demócratas á macha-martillo, los demócratas de siempre, éramos pocos y señalados con el dedo como entes raros y originales: viviendo en medio de la sociedad, sentíamos alrededor el vacío; siendo cuerdos y de vista perspicaz, se nos juzgaba delirantes é ilusos...; pero ya ¡bendito sea el Señor! todo ha cambiado. Brotan liberales y demócratas hasta de entre los adosquines; hoy es moda, ó mejor dicho, conveniencia el serlo; pululan y hormiguean por todas partes, y no faltan renegados á docenas que exclaman con lágrimas en los ojos: «¡Jóven democracia, yo te saludo: tuyo es el porvenir!» ¡Hay algo más interesante y más patético?

En cuanto á mí, confieso que esto me entenece y ablanda, pues nacido soy de entrañas de mujer y no puedo mirar indiferente el espectáculo tierno que á mi vista ofrecen tantos amantes improvisados de la libertad. Porque reflexiono y digo: si la han querido en secreto, bueno es que se hayan declarado, si no ayer (que había moros en la costa), por lo menos hoy; pues más tarde que nunca; siempre es tiempo de remediar una falta, y no se ganó Zamora en una hora. Si, por el contrario, ayer la aborrecían ó eran á ella indiferentes, y se ha cambiado su sentir ó despertado su afecto al tronar los cañones de la armada y oír el himno de Riego, me congratulo y regocijo doblemente; y mi memoria, llena de recuerdos bíblicos y evangélicos, me representa aquello de la oveja extraviada que vuelve al redil, y lo de que en el cielo causa más alegría la conversión de un pecador que la blanca túnica de cien justos. Nadie dirá que trato con poca consideración á esta gente, aunque á decir verdad preferiría que hubiesen manifestado antes su liberalismo, ó su arrepentimiento de pasados errores.

Si en esto se hubieran detenido y hecho alto como prudentes neófitos, alto haría yo también poniendo aquí punto final, ó continuando el artículo en el mismo tono familiar y ligero. Mas acontece, por desgracia, que varios de éstos á quien no sé si llamar arrepentidos del despotismo ó improvisados amantes de la libertad, no se contentan con arrepentirse ó amarla, sino que la desacreditan torpe ó maliciosamente por sus palabras, y lo que es peor, por su conducta. ¿Piensan algunos que el ser liberal consiste en aplaudir el himno de Riego, en atacar la religión, en dar vivas ó muertas, sin saber muchas veces á quién ni por qué motivo, en ir alborotando por las calles, y no reconocer ley ni freno contra la desvergüenza y el escándalo? ¿Tan menguada idea tienen de la libertad, que así la desconocen, profanan y atropellan? ¿Serán quizá, como sospechan personas ilustradas y prudentes, enemigos de la misma idea que aparentan defender, y no atreviéndose á combatirla al descubierto se fingen sus partidarios para herirla á traición y sobre seguro?

Todo puede ser, porque hay gente para todo, aunque cueste trabajo el creerlo á quien camina y obra con ojos serenos y frente pura; y pues todo puede ser, corresponde al liberal de antes, al liberal de ahora, al hombre honrado de siempre, dar la voz de alerta, ya en la prensa, ya en las reuniones públicas, para que nuestra actual revolución, comenzada de un modo tan glorioso y grande, no se vea empuqueñecida ni manchada; para que no se confunda la licencia con la libertad; para arrancar al desorden la máscara del entusiasmo; para llevar la tranquilidad á los que temen futuros males; para que se combatan las ideas y se respete profundamente á las personas; en una palabra, para evitar toda injusticia y toda violencia, y admirar á nuestros adversarios, — no diré nuestros enemigos, porque todos somos españoles, — con el espectáculo de nuestra templanza y de nuestra justicia. ¡Qué! Sobre las terribles calamidades sufridas por España, sobre las

AMPA RO

LEYENDA ORIGINAL

POR SERAFIN OLAVE

El Guadalquivir undoso
Entre rosas se adormía,
Y en su cristal voluptuoso
Se miraba con reposo
La luna de Andalucía;

Ligero esquite cruzaba
Con la corriente luchando,
De Cádiz se remontaba
Y á Sevilla se acercaba
Las dulces aguas rizando;

Vigerosos bogadores,
De sus remos al compás,
Entonaban sus amores,
Y las cañas y las flores
Iban quedándose atrás;

Del timon apoderado,
Negro bulto silencioso
Se veía, recostado
En la popa, y embozado
Con aspecto misterioso.

Los marineros cesaron
De repente su cantar,
Rápidamente viraron,
Opuesto rumbo tomaron
Y dejaron de remar;

Y al esquite blandamente,
Por las ondas impulsado,
Le arrastraba la corriente,
Desandando suavemente
El trayecto adelantado.

Mientras navega sin remos
La caprichosa barquilla,
Una quinta examinemos,
Que airosa elevarse vemos
Casi besando la orilla:

Matas de verde arrayan
La perfuman con su olor,
Y sus ojivas están
Sólo pidiendo un galán
Que vaya á morir de amor.

De florida enredadera
Tras la cortina olorosa,
Vela una niña hechicera
¿Qué es lo que la niña espera
Agitada y temblorosa?

Son sus ojos africanos
Llenos de vida y pasión,
De esos ojos inhumanos
Que se apoderan, tiranos,
Al mirar del corazón;

Es tipo del medio día
Cual su sol abrazador,
El tipo de Andalucía,
Que domina y extasia,
Vive y mata con su amor;

Negros cabellos su frente
Undosos orlando extán,
Y ella, con mano indolente,
Acaricia indiferente
Los rizos que al seno van;

En su aliento comprimido,
En su boca mal cerrada,
En lo atento de su oído,
En el vivo colorido
De su mejilla abrasada,

Se adivina fácilmente
Lo que á la niña la agita,
Lo que acalora su mente,
Lo que estremecida siente
Y lo que el sueño la quita;

Es un amor delicioso,
Es una pasión primera,
Bajo el cielo caluroso
Del país más voluptuoso
Que vistió la primavera;

Es, lectora, el sentimiento
Que apuró tu corazón
En breve y fugaz momento,
Cuando, en suspiros, el viento
Encendiste de pasión,

Es... yo no puedo pintar
Aquel escogido goce
Que hace al alma delirar;
Porque hay tal dicha en amar,
Que mayor no se conoce.

El instante deseado
Por la niña al fin llegó,
Pues dichosa respiró
Cuando el esquite callado
Al pie del muro atracó,
Y el misterioso piloto
Saltó á la orilla ligero,
Deslizándose el esquite,

Como por magia, en silencio,
La vista fijó atrevida
En la ojiva el caballero
Y pronto junto á sus pies
Una llave cayó al suelo.
Poblado y largo bigote
Dábale aspecto guerrero,
Cumpliendo con su tizona
De las buenas de Toledo,
Sus pupilas expresivas
Y su semblante moreno,
Curtido por la inclemencia
De marciales campamentos:
Abrió veloz el postigo,
Y á tientas, ó poco menos,
Atravesó un corredor
Oscuro, largo y estrecho,
Al que prestaba la luna
Un solo rayo á lo lejos,
Como sirviendo de norte
Para llegar á su extremo.

Ese fanal misterioso,
Ese planeta tan bello
Y tan callado, que guarda
A millares los secretos
De que ha sido fiel testigo
Y á menudo consejero,
Iluminaba el recinto
De un jardín fresco y ameno,
Donde violetas, acacias
Y otras mil flores, á cientos,
Emalsamaban las auras
Con sus perfumes diversos.

(Se continuará.)

profundas llagas que un mal gobierno ha dejado en el cuerpo social; sobre esta máquina desgastada y vacilante que se arruina y que es indispensable recomponer, ¿arrojaremos el nuevo peso de nuestras discordias y errores? ¿Queréis que se diga que somos poderosos para destruir, impotentes para edificar; que llevamos el rayo y nunca la semilla? ¿Que más apetecieran nuestros adversarios! Habríamos trabajado para ellos. Seríamos como el navegante que, después de haber vencido la tempestad, se duerme ó se embriaga para naufragar sobre escollos á la embocadura del puerto. ¡Nada de sueño, nada de embriaguez, nada de imprudencias!

Conviene estar muy despiertos, con la vista en lo presente y la consideración en lo porvenir, porque la nación espera mucho de nuestros esfuerzos, y porque nuestros hijos heredarán, según sea nuestra conducta, libertad ó cadenas, gloria ó infamia! Conviene decir donde quiera y hacer entender á todos el íntimo lazo y la eterna correspondencia que existen entre el cristianismo y la filosofía, la moral y el derecho, la teoría y la práctica, la universal aspiración al progreso y los decretos de la Providencia, que ha creado al hombre para que realice su ideal, no para atormentarle con el anhelo estéril de lo imposible!

Conviene que todos y cada uno de los soldados de la libertad conozcan la bandera á cuya sombra combaten, sepan de dónde vienen y á dónde van, para que evitando igualmente el estacionamiento y el confuso tropel, adelanten hacia el ideal humano, arrojándolo todo con paso mesurado y vista serena, como los antiguos mártires caminaban para recibir la palma de la gloria!

Conviene no traer á la arena política otra aspiración que la justicia y el bien, deponiendo la hiel de los antiguos odios, como se deja en un rincón un vestido sucio y manchado que nos avergonzaríamos de llevar delante de las gentes: conviene, en fin, no perder el tiempo en deliberar, sino obrar; no ir vociferando que somos liberales, sino serlo.

Las palabras *libertad* y *liberal* se han desfigurado tanto por los adversarios de todo progreso, que es preciso definirlos claramente, diciendo que libertad es poder hacer lo que á uno aprovecha y á los demás no daña, teniendo por límite nuestro derecho el derecho de los otros hombres, como iguales que son por su origen, naturaleza y destino: y liberal el que quiere se respeten los derechos individuales y se cumplan los deberes que imponen. Increíble parece que en el último tercio del siglo XIX haya que explicar tales palabras; pero deben explicarse á todos; al que las ignora, para que las aprenda; al que las sepa ya, para que no las olvide; y ¡ojalá pudieran grabarse, no con letras heladas sobre el papel ó el mármol, sino con llamas vivas en el corazón del hombre!

Estos liberales de repente, que ahora por todas partes vuelan y zumban como los moscardones en primavera, deben, aunque sólo sea por conveniencia propia, templar su improvisado celo revolucionario, para evitar que algún curioso, al verlos bullir y hacer tanto ruido, pregunte de dónde viene y en qué se ocupaban ántes cuando callaban como difuntos; y... ciertamente que entonces podría salir á luz más de una peregrina historia.

Aquí hago punto: otro día seguiré; no hay que buscar bellezas en este artículo, escrito con la rapidez del pensamiento; se reduce todo él á decir cuatro verdades, y principalmente á dar la voz de ALERTA.

Dios quiera que no sea clamar en desierto.

NARCISO CAMPILLO.

SECCION ECONOMICA.

A LOS OBREROS ESPAÑOLES. (I)

Cuando la supremacía de los poderosos sustituyó á la tiranía feudal: cuando á las pesadas armaduras sucedieron las portentosas máquinas de Watt y Arkwright; á las fatigas de la guerra las tareas de la industria, y á las humillaciones de los vasallos los padecimientos del obrero; entonces, á la vista de nuevos males, ante el espectáculo desgarrador que ofrecían millares de familias sumidas en la miseria, los hombres pensadores, dejándose arrastrar por lo angustioso de la situación, creyeron que al poder despótico de los señores feudales había sucedido también el no ménos temible de los señores de la industria.

¡Errónea creencia!

Cierto, no se puede negar, que la introducción de las máquinas produjo una gran baja en los salarios y sepultó en la ociosidad á infinito número de obreros; cierto, que el desarrollo de la industria ocasionó trastornos de consideración y quedaba sembrado de víctimas el camino que recorria; cierto, que el orgullo de los ricos y la desmedida soberbia de los acaudalados fabricantes hacían muy triste la condición del humilde trabajador; cierto, que la insolencia del poderoso saltó el rostro del desvalido con el fango que recogían las ruedas de su brillante carroza; y cierto, que abusaron de su poder especulando sobre el porvenir de los pueblos, y que los encargados de proteger al desgraciado no hicieron caso de sus clamores; pero cierto es también ¡ay! que las grandes desgracias son precursoras de los grandes beneficios.

¡Nada temais, soldados del trabajo; no es posible sin vosotros el progreso!

Si, la tiranía del más rico concluirá de una vez, como concluyó la tiranía del más elevado, como concluirá la tiranía, no diré del más fuerte, sino

del que se deja que lo sea: porque la verdadera fortaleza es la de la razón.

Cuando las tinieblas de la ignorancia envolvían los espíritus; cuando el botín y la conquista, las invasiones y el robo, el error y la fuerza dominaban con absoluto imperio en el mundo; cuando no hendía el espacio el agudo silbo de la locomotora sino, el estampido de la bombarda, y en vez de la ilustración y las luchas de la inteligencia existían la barbarie del palenque y la brutalidad de las armas, entonces no era posible que nadie se acordase del infeliz trabajador.

Atento sólo, el señor feudal, al grito de sedición que había de anunciar la guerra y el exterminio, la sangre y la venganza, dedicaba los cortos ocios de su vida aventurera á organizar sus mesnadas y aumentar el número de sus lanzas, y cuando, por fin, llegaba la hora del combate, cuando el guerrero pendón ondeaba en lo alto del almenado castillo y caía el levadizo puente, y el rudo galopar de los bridones anunciaba la marcha del armado escuadrón, el orgulloso magnate, espoleando su caballo, atravesaba por entre las filas de sus siervos, sin contestar siquiera al saludo que en humilde tono le dirigía el pobre labrador, esclavo del terruño.

Mas, despunta la industria; las alboradas del progreso tienen de púrpura el horizonte social; el sol de la inteligencia principia á iluminar los espíritus; á los bárbaros ejercicios de las armas acompañan las provechosas tareas del obrero; las ciudades libres elevan sus pendones, el trabajador sacude sus cadenas, y á los golpes redoblados de los hijos de la industria se desmoronan las fuertes vallas que estorbaban el paso hacia adelante.

Ya no bastan la sólida armadura y el tosco paramento; ya la ostentación ha penetrado en los pechos altaneros; la galantería y el lujo ocupan el sitio en que ántes dominaban el desapego y la guerrera sencillez; ya el ensoberbecido señor viste brocados y se adorna con preciosos productos; y al dirigir una mirada al resultado de la actividad humana, y al doblar por primera vez la rodilla ante la hermosura, el adusto varón se hizo tributario del talento y la belleza, del trabajo y de la industria.

Los inmensos tesoros del palacio feudal pasan á las cuevas de los palacios industriales.

El trabajador ha avanzado.

Mas los señores de la riqueza, ¿pueden avasallarlo?

No, hijos de vuestras obras, la tiranía de los poderosos no podrá alcanzarlos si estais prevenidos.

Que el genio del hombre invente máquinas, que el talento encuentre los medios de horadar montañas y elevar monumentos colosales, que se sorprenda sus secretos á la naturaleza, que el dinero de los ricos en oro ayude al pensamiento de los ricos en inteligencia, y sus más gigantescos esfuerzos serán estériles si vosotros no acudís en su apoyo.

Sin vosotros no se hubiera llenado de vias de hierro el continente, ni cruzaría las alborotadas ondas la nave audaz que trasporta los productos; sin vosotros no pasarían las aguas de los canales por la cima de elevadas cordilleras, ni los mares serían enlazados, ni comunicado el pensamiento, ni registrados serían los abismos, ni el progreso se hubiera verificado, porque sin vosotros no hay nada, nada es posible.

No; la aristocracia de la riqueza no puede reducirlos á una esclavitud semejante á la del muerto feudalismo.

Pero ¿puede causarlos males de consideración? Si; mas vosotros podeis evitarlo.

Los beneficios sociales alcanzan á todos, pero los poderosos pueden perjudicar en los beneficios industriales.

No teneis ya que temer al egoísmo, ni á la posición elevada, ni al orgullo del magnate, ni á la altanería de la nobleza; pero debeis estar alerta, porque la codicia del empresario puede mermar vuestros intereses.

No se puede desconocer que hoy desgraciadamente está muerta la industria española, que el espíritu de trabajo no existe; pero no hay que perder de vista que tal situación no puede durar, que es preciso pensar en el mañana, que debeis contribuir á que salga de este forzado letargo la actividad y el progreso.

¿Qué debeis hacer para ello?

Antes que nada instruís y asociáis: los que sepan, que aprendan más; los que no sepan, que sean enseñados por los primeros; practicad aquella santa máxima: *«Enseñaos los unos á los otros.»*

Después, cuando vuestra mente está dispuesta á recibir ideas nuevas, cuando vuestra asociación sea una verdad, entonces no faltará quien desde la cátedra de la prensa os predique las teorías regeneradoras en el orden económico.

Instruidos, asociados, llenos de fe y disipadas las tinieblas de la ignorancia, robustecidos por las costumbres morigeradas y con una idea por lema, ya podeis poner por divisa á la bandera alrededor de la cual os agrupéis:

«Libertad de industria.»

Y cuando el día llegue en que las teorías se pongan en práctica; cuando la actividad tome nuevo vuelo, y las invenciones vengán en vuestra ayuda, y las máquinas funcionen, esperad á que la nueva crisis pase, no veáis un enemigo en el inventor, ved en él, por el contrario, un poderoso auxiliar; y luego, cuando el camino abierto por el trabajo sea grande, lanzaos en él, seguid asociados, y tomando por modelo á vuestros compañeros de Inglaterra ó á los obreros norteamericanos, constituiréis una colectividad que ha conquistado derecho.

Unidos así, ¿qué teneis que temer del empresario?

Nada.

¡Obreros españoles! gran parte del porvenir de la industria está en vuestras manos.

Aprended, uníos, perseverad..., y día llegará en que dejéis de ser los mendigos del trabajo para convertirlos en el brazo de la civilización.

FEDERICO DE MADARIAGA Y SUAREZ.

VARIEDADES.

CORRESPONDENCIA

ENTRE

JUAN ESCAMAS Y SU TOCAYO CAMAMAS.

CARTA PRIMERA. — ESCAMA Á CAMAMAS.

Sr. D. Juan Camamas. — Madrid.

Sevilla 7 Enero 1869.

Amigo y tocaayo: No sabe V. con cuánto gusto le escribo hoy, después del largo tiempo que ha pasado sin que sepamos el uno del otro. — ¡Ya se ve! Con estas cosas, no se sabe dónde están los amigos; y el encontrarlos ó tener noticias de su paradero, es un acontecimiento feliz.

Acontecimiento y feliz ha sido para mí saber de V. — Ya no las tenía todas conmigo, pues sospechaba haberlo perdido para siempre; porque dos años, Sr. Camamas, ¡dos años! tienen muchos días: el amigo que no escribe á su amigo durante ellos, ó ha muerto, ó ha dejado de ser amigo. — ¿Cómo hubiera yo guardado silencio tanto tiempo sabiendo á dónde había de dirigir á V. las cartas, como V. ha sabido y sabe á dónde había y ha de dirigírmelas? — Por esta razón, sólo por ésta, decía yo para mis adentros: «Camamas ha muerto, ó es un ingrato.»

Así pensaba, cuando, como dijo el otro, saltó la liebre; es decir, recibí su carta. — ¡Qué placer, amigo mío! ¿qué vuelcos, qué saltos me daba el corazón! Es imposible explicar lo que sentí. Mire V., tocaayo, si lo quiere usted creer, lo cree; y si no.... también; porque es el evangelio; á punto estuve de llorar de alegría. Verdad es que su carta parecía un parte telegráfico.... cuatro renglones y la firma; pero para mí era lo suficiente. Había pocas letras, pero mucho sentido. — Juan Camamas no ha muerto: está en Madrid, y es mi amigo. Esto querían decir decir aquellos cuatro renglones, esto saqué yo en sustancia: ¡qué más quería!

Contar lo que hablé de V. y enseñé aquel día su carta, es cuento de nunca acabar. A la familia, á los amigos, á la criada, á todo el mundo, en fin, que quiso mirar y escucharme, no oyó de mis labios otro nombre que el de V., ni vió en mis manos otra cosa que su carta.

Tan grande fué el alegrón, tan contento me puse, tanto me entusiasmé, ¡mire V., tocaayo, esto no es mental!.... tuve hasta intenciones de emborracharme y salir por esas calles de Dios gritando: ¡viva Juan Camamas!

En un tris estuvo el hacerlo; y si no lo hice, no fué porque me pareciera mucho hacer, sino poco: que ha de saber V., tocaayo, que hoy, eso de emborracharse y gritar por las plazas, es aquí ya costumbre y no llama la atención. Yo no quise ni me pareció arreglado demostrar mi tan grande y justa alegría de un modo vulgar; así fué que desistí de mi propósito de rendir culto á Baco.

Y ahora que de estas cosas hablo, ha de saber usted también, amigo mío, que sobre eso de gritar en donde quiera, cuando quiera y lo que quiera sin razón conocida, — como ahora se acostumbra, — tengo que hacerle algunas preguntas para que V. me diga lisa y llanamente la verdad de su parecer, ilustrándome así en esos como en otros muchos particulares que ocurren aquí y fuera de aquí, — según dicen los papeles públicos y el *run run* de las gentes.

Yo, bien sabe V. que no me chupo el dedo; pero lo que ha pasado, y lo que está pasando, y lo que dicen que va á pasar, así como lo que se habla, y lo que se grita, y lo que se hace, y lo que se deshace, y todo, en fin, lo que está sucediendo desde que se formó y se constituyó en gobierno, el Provisional, — no me lo explico, ni lo entiendo. — Pero no es esa la más negra, — que no todos estamos obligados á ser unos sabios ni á entender y explicarse por sí solos ciertas cosas. Muchos hay que, como yo, están á oscuras en lo mismo, siendo lo peor que no encuentro quien me las explique ni haga entender, y yo quiero y necesito *ver claro*.

Ha de saber V. que he tomado una determinación, y estoy decidido á llevarla á cabo: porque yo no quiero ser ménos que nadie en asuntos de tal valía; y esto de ser sólo hombre de bien y español á secas, no lo puedo sobrelevar con paciencia, hoy que todos son eso mismo y algo más. — Ese algo más, es lo que yo quiero y tengo derecho á ser. Y no me contento con que me llamen ciudadano; — que eso lo he sido, lo soy y lo seré siempre; — quiero ser como todo el mundo; y estoy resuelto á meterme á socialista, á monárquico, á republicano, á cualquier cosa, con tal de tener, como dicen los periódicos, *color político*. Mas como le manifesté á usted, aunque yo no me chupo el dedo, no veo claro, y no quisiera partir así, de ligero y á ciegas, sino sabiendo lo que hago, y por qué lo hago. Es decir, que quiero ser lo que deba, porque no soy de aquellos: «¿A dónde vas, Vicente?» — *Con el ruido de la gente*. «Si así fuera, ya sería republicano, porque aquí hay muchos, muchísimos que dicen lo son, y es de lo que más abunda, ó al ménos de lo que más se ve.

En los cafés, y sobre todo en las tabernas, ya no se reúnen dos á tomar una copa, una caña de manzanilla, ó un medio vasito, que no sean republicanos. Ha dicho dos, y he dicho mal; que por lo general son más de dos y más de cuatro. Sin duda, ser republicano será cosa buena y fácil de ser, cuando tantos hay; pero me llama la atención y me escama el ver que estos, siempre, ó casi siempre están enfadados y hablan con mucho fuego, y gritan desahoradamente, y etc. etc. Por esto, y otras cosas que me han dicho, y algunas que yo he visto, me escamo; pues me huelen á gentes camorristas y aficionadas á las armas. Así es como me explico que después de gritar ¡viva la república! siga inmediatamente el grito de ¡armas!

Yo quisiera, tocaayo, que V. me dijera francamente, si los republicanos de Madrid son como estos; porque si son todos así, entonces ya sé lo que es y lo que se necesita para ser republicano.

Aquí también hay otros que se llaman monárquicos, pero son ménos — (por lo que se ve) — y más pacíficos.

Segun tengo entendido, la gran diferencia entre unos y otros consiste en que los primeros no quieren rey, y los segundos sí. Esto lo sabrá V.; pero lo que V. quizá ignore, es que la mayoría de los monárquicos de aquí tiene ya su rey, ó mejor dicho, su candidato. ¿A que no acierta V. quién es? — Pues es ni más ni ménos que el duque de Montpensier, ¿Qué le parece á V., amigo mío? Dicen que en Madrid tiene también partidarios, y que el Gobierno le apoya; y que aquello de decirle muy serio: *Váyase V.*, cuando vino á ofrecérsele cuando lo de Cádiz, fué como decirle: ¡Hombre! *No te comprometas*.

Dicen también, que ahí como aquí, hay periódicos que lo defienden á capa y espada; ¿Es cierto? ¡Hombre! Camamas, póngase V. la mano sobre su corazón, y dígame francamente: ¿Sirve ese caballero para rey de España? — Aquí hay periódicos y gentes que dicen: «¡Es tan buen padre; es tan buen esposo, fué tan buen hijo, que no puede por ménos que ser un rey buenísimo!» — Yo no quiero meterme en la vida de nadie; pero que haya sido (suponiendo) buen hijo y sea buen esposo y buen padre, quiere decir, á mi entender, que se lleva muy bien con su familia (de lo que me alegro), y sólo saco en limpio que ese sujeto debe ser un buen rey de.... su casa. ¡Pues nada! dicen que también de España. Y no es solo eso, amigo Camamas; dicen que es un buen español. ¿Qué tal? ¡Con que español! Niego. Ni bueno, ni malo.

Ese individuo es un francés. ¿No es verdad, tocaayo? Por esta parte, también me escamo de los monárquicos.

Aun me restan otras cosas de que hablarle, y muchas más sobre las cuales he de pedirle parecer é informes; pero, amigo mío, el correo está esperando, y pongo punto á esta epístola. Después de dejarla en el buzón, volveré á tomar la pluma para continuarla.

Espere V., pues, hasta mañana, la segunda carta continuación de ésta, con la cual quisiera enviarle un apretón de manos, su amigo y antiguo compañero de fatigas,

JUAN ESCAMAS.

EMPRÉSTITO DE LA MUNICIPALIDAD DE MADRID.

Emisión de 425.000 obligaciones de 380 rs. una con 11 rs. 40 céntos de interés anual, amortizables en 150 sorteos, durante 70 años, con premios considerables.

Estas obligaciones, reembolsables á razón de 380 rs. cada una, se emiten á 240 rs., pagaderos del modo siguiente:

- 40 rs. al suscribirse,
- 40 rs. el día de la repartición de las obligaciones.
- 40 rs. del 15 al 25 de Marzo 1869.
- 40 rs. del 15 al 25 de Junio id.
- 40 rs. del 15 al 25 de Setiembre id.
- 40 rs. del 15 al 25 de Diciembre id.

Por los plazos cuyo pago se haga adelantado, se abonará á los suscritores el 5 por 100, y el pago total de una obligación, siempre que se verifique el día de la repartición, ascenderá sólo á rs. vn. 228,60.

Todas las obligaciones quedarán amortizadas en 70 años por medio de 150 sorteos, y serán pagadas por todo su valor nominal á razón de 380 rs. una. Además del reembolso habrá en cada sorteo premios extraordinarios desde 760 rs., 1.140, 190.000, 266.000, 380.000, hasta 950.000.

Pocas explicaciones bastarán para hacer comprender las ventajas de este empréstito, que reúne las siguientes:

- 1.º Un capital asegurado por las rentas ordinarias y extraordinarias del Ayuntamiento, los bienes muebles é inmuebles que tiene ahora y pueda poseer.
- 2.º Una prima segura de 140 rs. por cada obligación.
- 3.º Un rédito de 5 por 100 anual de la cantidad desembolsada.
- 4.º Opción á premios considerables sin perder la cantidad desembolsada.

La suscripción quedará abierta los días 11, 12, 13, 14 y 15 de Enero próximo, en Madrid, en la depositaria del Excmo. Ayuntamiento, plazuela de la Villa.

El Banco de España se ha servido recibir también las suscripciones en su Caja de Madrid y en casa de sus agentes y comisionados de todas las provincias de España.

También quedará abierta al mismo tiempo en Francia, en Bélgica, en Suiza y en Alemania.

Las personas que deseen prospectos con el pormenor de los sorteos, los encontrarán en la depositaria del Ayuntamiento, en el Banco y en casa de los agentes y comisionados de dicho establecimiento en las provincias de España.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

LISBOA 8 de Enero (por la noche). — El marqués Sa ha declarado hoy en las Cámaras que el rey había llamado al duque de Saldanha para formar ministerio. Continúan los *meetings*.

PARIS 8 de Enero. — 3 p. 100 español exterior 31 3/4. — 3 p. 100 francés 70-25. — 4 1/2 p. 100 id. 102-25.

LONDRES 8 de Enero. — Consolidados ingleses 92 6/8 á 7/8.

PARIS 9 de Enero. — Se desmiente el rumor que corría ayer en la Bolsa, de una revolución en Italia y de la abdicación del rey Víctor Manuel.

Continúan los disturbios en las provincias de Bolonia, pero son sin importancia.

GACETILLA.

SALUDO GACETILLESCO.

Item: el deber primero de todo gacetillero, que sea sesudo escritor, es, con respeto profundo y á la faz de todo el mundo, presentarse á su lector.

Esto ya de antaño viene, y prueba que el hombre tiene esmerada educación: á tu fallo me someto, ofreciéndote el respeto de mi consideración.

Después del grave saludo, á tí solicito acudo, puesto que voy á escribir

(I) La publicación de este artículo fué prohibida por la censura, en los tiempos para siempre célebres del Sr. González Bravo.

como hombre independiente,
para ponerle al corriente
de lo que pienso decir.

Aunque sea mi sino adverso,
deploraré en prosa y verso
los males de esta nación,
y después desesperado
al partido moderado
voy á hacer la oposición.

Siempre indómito y severo.

atacaré á un extranjero

que tiene las de Cain,

y le diré que se engaña

si quiere meter á España

en la funda de un violín.

Hablare un día y otro día

de la incurable manía

del duque de Montpensier,

y á pesar de sus doblones,

voy á oír sus pretensiones

como si oyera llover.

Voy á decir sin rodeos

á los reverendos neos

que piden la Inquisición,

que á medidas reaccionarias

medidas extraordinarias:

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

Viva la Revolución!!!

En fin, en la gaceta,
de cuanto pase en la villa
noticia exacta dará.
Ea ¡lector! hasta mañana,
expresiones á Santa Ana
y Antonio No hay de qué.

POESÍA POPULAR.—Un diario de provincias, que se
distingue por su desinteresado amor á la candidatura
del duque de Montpensier, ha inspirado á un vendedor
de naranjas de la perla del Guadalquivir los incorrec-
tos versillos siguientes, que no carecen de gracia:

No te compongas,
que no verás
volver al duque de Portugal.

No te compongas,
que no pue se
que venga el duque de Montpensier.

¡VAYA UN LIBERAL QUE NOS SALIÓ EL AÑO 20!—A propó-
sito de las falsas protestas de liberalismo, y aunque no
hay español de mediano entendimiento que ignore lo
poco que valen las ofertas de la raza borbónica, que
jamás supo hacer otra cosa que engañarse y enga-
ñarnos, no será malo traer á la memoria el siguiente
documento oficial, publicado en la *Gaceta de Madrid*
el 15 de Marzo de 1820:

«Señor.—Tengo el honor de remitir á V. M. la expo-
sición adjunta de la brigada de carabineros, cuyo
mando es una de las finezas que debo á la dignación de
V. M., con el entusiasmo más ardiente por nuestra resolu-
ción magnánima de restablecer el santuario de las leyes fun-
damentales que abarca la sabia Constitución de la Monar-
quía española publicada en Cádiz en 19 de Marzo de 1812.

Sabrán la brigada sostener con tesón los votos que
tiene la honra de dedicar á V. M.

Cárlos.»

¡Alza, salero!

Este Cárlos fué el quinto
Segun las señas,
Por mal nombre llamado
Key de las breñas.

¡Vaya un campeon,
Que salió á la del doce
Constitución!

El lector.—(Aparte.) ¡Esta sí que se llama
Trasposición!

OCTOS REALES.—Asegúrase que la ex-reina entretiene
sus ratos de ocio con la lectura de las obras del Dante,
crucificadas (léase traducidas) por el literato Pezuela.

Con este motivo no falta quien dice que la hija de
Fernando VII suspira desconsolada al leer los siguientes
versos del gran poeta:

«No hay mayor dolor que acordarse en la desgracia
de los tiempos felices.»

«Nessun maggior dolore
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria.»

¡Porque verdaderamente ha sido una desgracia lo
que le ha pasado á esa pobre señora!

JEREMÍAS.—Ha visto la luz pública el número 7.º de
esta satírica publicación. Recomendamos á nuestros
lectores el artículo que con el título de *Antonio el Usu-
rero* ha escrito el Sr. Villergas. Atendida la reputación
de este célebre periodista, no tenemos más que añadir.

TE VEO.—El periódico moderado *El Siglo*, que tanto se
distingue por su oposición templada y culto lenguaje,
llama *canalla* á todos los liberales.

Yo he dado en la manía de entender al revés lo que
dice *El Siglo*.

Este *Siglo* majadero
por su culta oposición
y por algo más, infiero
que se escribe en el fogón
de Marfori el pastelero.

OTRA VEZ *EL SIGLO*.—Este diario, en un artículo pu-
blicado recientemente, dice con mucho desenfado que
la marina se pronunció por egoísmo.

El Siglo que desatina
pasa la noche bufando,
y después el día rabiando
porque come la marina.

Para acallar tantas quejas
y ponérmelo en un brete,
debe obsequiarlo Topete
con un plato de lentejas.

¡Quién sabe si algún día se pronunciará *El Siglo* por
una chuleta á la Papillot!

NADA ENTRE DOS PLATOS.—Varios periódicos reproducen
una correspondencia de Pamplona que asegura con
formalidad que los carlistas no dejan la ida por la ve-
nida: dice que se sabe que han recibido dinero, y que los
jefes que han de hacernos el lío están en la frontera es-
perando la orden de abrir la campaña. Bueno; hasta
aquí el corresponsal de Pamplona; y digo yo: puesto
que hay dinero, me explico las idas y las venidas de los
reaccionarios. Van por el dinero, y una vez ídos, lo natu-
ral es que vuelvan con él. Como el dinero se acabará
pronto, resultará que los carlistas se estarán quietos;
pues como no habrá quien dé, claro es que no habrá
quien vaya ni vuelva. En cuanto á los jefes que están
en la frontera, ya se encargará el frío de mandarlos á
sus casas: es un sitio muy fresco aquel para esperar
órdenes, y el patriotismo carlista no está hecho, que se-
pamos, á prueba de pulmonías. Estas tenebrosas corres-
pondencias me recuerdan un cantar que dice:

¡Ay qué miedo, mamá!
¡Ay qué miedo me da,
de ver los bigotes rubios
que tiene ese militar!

NO ME GUSTA.—Ha visto la luz pública el número 10
de *La Gorda*. Es un numerito bastante flaco.

ESCENA ÍNTIMA.

—Mira, Juan, como otra vez
Dejes entrar un inglés
en mi cuarto, te reventio.

—¡Si era el sastre!

—Gran jumento,
Ese es más lord que Russell.

RECUERDOS TRISTES.

CANTINELA.

Imitación de «La Gorda».

La reina está alegre,
tranquilo Madrid;
la monja y Marfori
gobiernan aquí.
Botella furioso
reniega de Prim;

Paquito al convento
se va á divertir.
Nadie se levanta,
todo es paz aquí,
y entre tanto Gonzalez el Bravo
ya piensa en París.

La reina, de miedo

no cabe en Madrid.

—No temais, señora,

le dice Ibrahim;

si esos miserables

que charlan de mí

se atreven á armarla,

le ofrezco salir

y, ó pierden la lucha,

ó muero yo aquí,

si es que el miedo que tengo no hace

que huya á París.

Alzase Topete,

llega á España Prim,

y al grito de Cádiz

responde Madrid.

La reina indignada

vuélvese á Ibrahim;

¿qué haces? le dice.

¿Qué de hacer? huir:

Ya tengo dinero,

quédesse usté aquí,

que su suerte me importa un pepino;

me voy á París.

Vamos á París.

EFEMÉRIDES.

Domingo. San Nicanor, obispo, san Gonzalo de Ama-
rante, san Valero, san Guillermo, obispo, san Agaton y
san Nicanor, mártires.

1610.—Felipe III expulsa de su reino á todos los mo-
riscos.

1612.—Horrorosa lluvia en Sevilla que duró 16 días
y causó muchos daños.

1645.—Guillermo, arzobispo de Cantorberi (Inglaterra),
es decapitado.

1724.—Felipe V, rey de España, primero de la casa
de Borbon, renuncia la corona en su hijo Luis I.

1841.—Apertura del Instituto de segunda enseñanza
de Burgos, puesto bajo la dirección del señor don
Mariano de Collantes y Bustamante.

1847.—Los señores don Juan Miguel de los Ríos y don
Agustín María de la Cuadra, fundan en Sevilla la
Academia de jurisprudencia y legislación.

IMP. DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

SECCION DE ANUNCIOS.

LA MONARQUÍA CONSTITUCIONAL.

PERIÓDICO POLÍTICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO.

REDACCION Y ADMINISTRACION, INFANTAS, 27, PRINCIPAL DERECHA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID. 10 rs. al mes, llevado á domicilio.
PROVINCIAS. 36 rs. trimestre, adelantado, franco de porte.
ULTRAMAR Y EXTRANJERO. 170 rs. semestre, adelantado.

ANUNCIOS.

25 céntimos línea por una sola vez; en otro caso á precios conven-
cionales.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid: Redaccion; imprenta de Fortanet, Libertad, 29; librería
de Durán, Carrera de San Jerónimo, 2; librería de San Martín, Puerta
del Sol, 6, y Pasaje de Matheu.

En Provincias: Casa de los Sres. Corresponsales, ó remitiendo el
importe de un trimestre á la Administracion del periódico.

Habana: Sres. Charlain hermanos.

Extranjero: París, librería española, rue Favart, 2; Lisboa, D. J. Ro-
driguez, Camöens, 45.

MONTPENSIER

CAN-CAN DE UN PRETENDIENTE

FOLLETO BAILABLE HASTA CIERTO PUNTO

ESCRITO EN VERSO POR

DON VÍCTOR CABALLERO Y VALERO.

Se hallará de venta dentro de pocos días, al precio de 2 rs. ejemplar, en las principales
librerías.

EMPRÉSTITO DE LA VILLA DE MADRID CON PREMIOS

Suscripción pública de 425.000 obligaciones de rva. á 380 cada una, emitidas á rs. 240, que producen
rs. 11,40 céntos. de interés anual.

La villa de Madrid emite, por medio de una suscripción pública, 425.000 obligaciones de 4 reales vellón 380
cada una, que producirán un interés anual de rs. 11,40 céntos., y serán reembolsadas en setenta años, á la par,
ó sea con 140 rs. de prima sobre el desembolso, ó con premios desde 760 rs. hasta rs. 950.000, por medio de 150
sorteos, que se celebrarán en los meses de Enero, Abril, Julio y Octubre, verificándose, por excepción, el pri-
mer sorteo el día 15 de Febrero próximo. Estas obligaciones están exentas de todo impuesto, y las obligaciones,
los premios y los cupones serán pagados sin deducción alguna, sin que actos legislativos, administrativos ó
gubernativos puedan variar estas condiciones en ningún caso.

Los intereses se pagarán á razón de rs. 11,40 céntos., el 1.º de Enero de cada año.
Los premios y reembolsos se pagarán los días 1.º de Enero y 1.º de Julio de cada año que sigan al sorteo de
amortización. Estos pagos se harán á elección de los portadores de títulos, en Madrid en la caja municipal, en
reales de vellón, ó en francos efectivos en París y otras plazas del extranjero que se designarán.

Este empréstito está garantizado con el producto de todos los impuestos directos é indirectos de la villa y con
todos sus bienes muebles é inmuebles.

El pago de estas obligaciones se verificará en los plazos y en la forma siguientes:

Rs. 40, —	en el acto de la suscripción.	
» 40, —	al hacerse la aplicación y entrega de los títulos provisionales.	
» 40, —	del 15 al 25 de Marzo de 1869.	
» 40, —	del 15 al 25 de Junio	
» 40, —	del 15 al 25 de Setiembre	
» 35, 60 céntos.	del 15 al 25 de Diciembre	por deducirse de los 40 rs. el importe de rs. 4,40 céntimos por los intereses.

Total rs. 235, 60 céntos., en pago de los cuales se entregará un título definitivo, cuyos intereses empeza-
rán á contarse desde el 1.º de Enero de 1870.

A los portadores que paguen los plazos anticipadamente se les bonificarán intereses á razón de 5 por 100
anual sobre los plazos que anticipen.

Pagándose en el momento de la aplicación rs. 223, 60 céntos., inclusa la entrega hecha al suscribirse, el sus-
criptor recibirá un título definitivo, al portador, cuyos intereses empezarán á correr desde 1.º de Enero de 1870.

Este empréstito ofrece, en resumen, las ventajas siguientes:

Las obligaciones producen 5 por 100 de interés sobre la suma desembolsada, reciben en el reembolso una
prima mínima de 66 por 100 sobre el precio de emisión, y participarán de 150 sorteos con premios muy consi-
derables, que representan una suma total de más de 38.000.000 de rs. Cada obligación debe, de este modo, ser
reembolsada con premio variable de rs. 140 á 950.000.

Estas obligaciones se cotizarán en las Bolsas de Madrid y del extranjero.

LA SUSCRICION ESTARÁ ABIERTA LOS DIAS

Lunes 11, martes 12, miércoles 13, jueves 14 y viernes 15 de Enero de 1869:

En Madrid, en la depositaría del Excmo. Ayuntamiento y en el Banco de España

En provincias, en las sucursales y por medio de los comisionados del Banco de España.

La suscripción se abrirá los mismos días en Francia, Bélgica, Alemania, Suiza é Italia.

Las personas que deseen prospectos con el cuadro de los sorteos y de sus lotes, los encontrarán gratis en el
Ayuntamiento y en el Banco de España en Madrid, y en las sucursales ó en casa de los comisionados de este
establecimiento en todas las provincias.

El Alcalde primero del Excmo. Ayuntamiento de Madrid.—Nicolás María Rivero.

RÁFAGAS POÉTICAS

POR ARISTIDES PONGILIONI

CON UN PRÓLOGO

DE

NARCISO CAMPILLO.

Se vende á 14 rs. en las principales librerías, y pue-
den hacerse pedidos á los Sres. Verdugo y Morillas,
Cádiz.

EXÁMEN HISTÓRICO-FORAL DE LA CONSTITUCION ARAGONESA

POR MANUEL LASALA.

Esta interesante obra se publica por cuadernos de
64 páginas en en 8.º francés, en buen papel y esmera-
da impresion. Cada cuaderno cuesta 4 rs. en Madrid
y en provincias. El tomo primero cuesta 32 rs. encu-
ernado á la rústica. No se sirve ninguna suscripción
de provincias sin que se mande el importe de dos cua-
dernos adelantados. Se suscribe en la imprenta de los
Sres. Rojas, Valverde, 16.